

cicio de los sacramentos se encontraba con dificultades tan importantes como la de encontrar un sacerdote que los administrara.

Albertí concluye la obra afirmando que la persecución religiosa debe ser asumida como un capítulo de nuestra Historia y que debe ser explicada en el contexto de la tragedia que fue la Guerra Civil española. Sólo así podrán extraerse las necesarias lecciones que, según el autor, nos permitirán a todos, creyentes y no creyentes, vivir en armonía y en respeto mutuo, evitando repetir tiempos tan duros como los de los años de la II República y, sobre todo, de la Guerra Civil.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

JÓZSEF CARDENAL MINDSZENTY, *Memorias* (Palabra, Madrid 2009), 572p., ISBN: 978-84-9840-225-4.

Quizá uno de los campos menos conocidos por los historiadores de la Iglesia contemporáneos sea el referido a la evolución del catolicismo que estuvo bajo el dominio de los regímenes comunistas europeos. Las razones de ello resultan evidentes, comenzando por tratarse de países donde se hablan lenguas bastante ajenas a las nuestras que impiden el acceso a la documentación original. También son lugares cuya realidad es sustancialmente diferente a la nuestra, especialmente durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial: si en el mundo occidental a lo que asistimos es, primero, a un amplio protagonismo de la democracia cristiana (la Alemania de Konrad Adenauer o la Italia de Alcide de Gasperi constituyen buenos ejemplos de ello) para después introducirnos en una etapa de progresiva secularización, en la Europa oriental el catolicismo bastante haría con sobrevivir al rodillo totalitario que suponía la ideología comunista. De ahí que todos los testimonios con los que podamos contar nos resulten de gran utilidad, y más si se trata de una figura de la importancia de la de József Mindszenty, Cardenal Primado de Hungría. Estas memorias que nos da a conocer (aunque se trata de una reedición, pues fueron publicadas ya en 1975, el año de su fallecimiento) resultan de gran interés porque nos muestran con todo detalle cómo se produjo la instalación del comunismo en Hungría al acabar la contienda mundial. En ese sentido, debemos señalar que la mayor parte del libro se centra en los años que van desde 1945 (año en que finaliza la Segunda Guerra Mundial) hasta 1956 (fecha de la insurrección fallida de Budapest), aunque tanto antes como después Mindszenty nos cuenta sus vivencias personales y eclesiales, lo que viene a enriquecer el relato.

Lo que se percibe desde el primer momento es el radical anticomunismo del que siempre hizo gala Mindszenty, algo que él no sólo niega, sino que hace gala de ello. De hecho, recuerda que lo que sucedió en Hungría a partir de 1945 no le cogió por sorpresa, ya que, durante la etapa revolucionaria liderada por Bela Kun (1918-1919) había podido percibir los desmanes y tropelías que era capaz de llevar a cabo el totalitarismo comunista. Y es que su país había vivido décadas de gran inestabilidad como consecuencia de profundas reformas que no habían sido abordadas y que eran muy necesarias, por lo que cualquier posicionamiento político radical podía encontrar siempre en Hungría un extraordinario caldo de cultivo. Como otros países de la Euro-

pa del Este (por ejemplo, la vecina Rumanía), Hungría hubo de sufrir dos regímenes totalitarios que, a pesar de su aparente antagonismo, ponían de manifiesto la total coincidencia en los métodos a poner en práctica y en los fines a lograr: nos estamos refiriendo, por un lado, a los célebres «Flechas Cruzadas» (Mindszenty los llama «Cruces de Flechas») liderados por Szlasazy (es decir, el régimen filofascista que gobernó Hungría durante una buena parte de la guerra), y, por otro, a los comunistas que se hicieron con el poder de manera paulatina a partir de 1945 y bajo el amparo de la Unión Soviética. A ninguno de los dos les convenía la influencia de la Iglesia Católica, ya que el totalitarismo promueve la fe ciega en un líder (como Hitler en Alemania o Mussolini en Italia) que resulta a todas luces incompatible con la fe en Cristo.

El problema era quién podía hacer frente a dicho rodillo totalitario, por lo que el pontífice Pío XII pensó que el hombre adecuado para ello era el entonces Obispo de Veszprém, József Mindszenty. Mindszenty no había sido hasta ese momento una persona con una destacada carrera eclesial, ya que había accedido al episcopado (precisamente de Veszprém) sobrepasada ya la cincuentena. Sin embargo, consciente de los problemas que habría de afrontar, Pío XII le elevó al cardenato en el primer consistorio que se celebró con posterioridad a la llegada de Mindszenty a la diócesis primada (Esztergom-Budapest), por lo que en febrero de 1946 los comunistas eran conscientes de que se enfrentaban a todo un «príncipe de la Iglesia» que, además, contaba con el pleno respaldo de Roma en su tarea de oponerse al nuevo régimen político.

Sin embargo, el hecho de que toda la Europa del Este se encontrara controlada por la Unión Soviética y que, por tanto, el comunismo fuera la única realidad política, económica y social, convirtió a las diversas cabezas visibles de cada catolicismo nacional en líderes de una oposición cada vez más difícil de ejercer. Fue este el caso de Stefan Wysziński, en Polonia; de Josef Beran, en Checoslovaquia; o de Alojzije Stepinac, en Yugoslavia. En otros lugares ni siquiera fue posible tener un pastor que dirigiera a la grey del catolicismo, como sucedió en Bucarest, donde, tras la muerte, en enero de 1954, de Alexandru Cisar, la sede estuvo vacante hasta la caída del régimen de Ceaucescu, ya a finales de los ochenta.

En el caso de József Mindszenty, la batalla que se presentó contra el comunismo fue permanente desde el primer momento, y el Cardenal Primado la describe con todo lujo de detalles. Así, quizá una de las mejores aportaciones del libro sea la cantidad de documentos episcopales que aporta, fundamentalmente cartas escritas por el propio Mindszenty o por varios obispos entre los que se encontraba éste. Sin embargo, no se puede hablar de un proceso lineal. Porque, nada más finalizar la contienda mundial, los comunistas, conscientes de que en Hungría la Iglesia Católica era y es una institución de gran peso (en 1948 los católicos representaban casi dos tercios de la población), todavía intentan ganarse la confianza de la Iglesia. De ahí que, como nos cuenta Mindszenty, a pesar de las tiranteces existentes, se procurara evitar a toda costa la ruptura de relaciones, y que además se hiciera todo lo posible por mantener una relación cordial con la primera autoridad del catolicismo húngaro (un buen ejemplo de ello se produce en febrero de 1946, cuando Mindszenty tuvo que acudir a Roma para recibir el capelo cardenalicio y, ante el hecho de tener el pasaporte requisado, las autoridades del país se apresuraron a solucionar el problema para no proporcionar una imagen al exterior de ausencia de libertades). Mindszenty era plenamente consciente de ello y por ello su actitud, de evidente gallardía, se encuentra marcada

por gestos retadores permanentes. Pero ello no podía prolongarse por mucho tiempo, ya que los comunistas tenían cada vez más influencia dentro de Hungría y el Cardenal Primado de Hungría constituía un elemento claramente desafecto hacia el régimen (Mindszenty habla de sus cartas pastorales como de «intolerable intromisión en los asuntos del Estado»). Eso sí, mientras le fue posible, József Mindszenty plantó cara a una ideología totalitaria y buena prueba de ello es el amplio relato que nos hace sobre cómo los comunistas se dispusieron a suprimir la obligatoriedad de la enseñanza religiosa, lo que acabarían logrando en septiembre de 1949.

Para ese momento, el Cardenal Primado ya había sufrido las mayores vejaciones por parte del régimen comunista. En efecto, el 26 de diciembre de 1948 todo se había precipitado y Mindszenty había sido detenido bajo la acusación de alta traición, siendo conducido a los calabozos de la propia capital del país (Budapest); sólo dos meses después, en febrero de 1949, era condenado a cadena perpetua. No sería el único miembro de la jerarquía húngara en recibir ese trato, ya que en junio de 1950 la persona que le había sucedido al frente de la Conferencia Episcopal (el Arzobispo de Kalocsa, József Grösz) sería acusado de espionaje y conspiración y condenado a quince años de reclusión; y, durante la celebración del proceso contra Grösz, cuatro obispos más serían sometidos a arresto domiciliario. Por cierto que Mindszenty muestra una actitud benevolente aunque también crítica hacia Grösz por su actitud de contemporizar con el régimen comunista: había que agradecerle que hubiera intentado preservar a la Iglesia de mayores desgracias y nuevos procesos, pero al final, además de silenciar algunas injusticias, lo único que había logrado era debilitar su propia posición frente a la clase política.

Por otra parte, resulta vibrante la manera en que Mindszenty relata lo vivido en Hungría entre julio de 1953 (fecha en la que Imre Nagy decide llevar a cabo un proceso de liberalización política) y noviembre de 1956 (en que se precipita el final de la revolución húngara con la intervención de los tanques del Pacto de Varsovia). Un proceso que concluyó con la petición de asilo a la embajada de los Estados Unidos, asilo que fue concedido y que permitió a Mindszenty permanecer en Hungría por espacio de quince años más. Lo que ponía de manifiesto la existencia de una situación totalmente anómala: el Cardenal Primado de un país (Hungría) viviendo y ejerciendo su ministerio pastoral en el único territorio dentro de su país que se consideraba bajo otra soberanía (una embajada). Se iniciaba así una etapa que culminaría con el destierro (ya en 1971) de Mindszenty primero a Austria y luego a Roma. Durante esos años el todavía Cardenal Primado de Hungría aprovechó, como él mismo relata, para realizar una triple labor: poner bajo su protección a los centenares de miles de católicos húngaros que se hallaban fuera de su patria; llamar la atención de la opinión mundial sobre el peligro del bolchevismo con la publicación de sus memorias (que es precisamente el libro que tenemos en nuestras manos); y procurar que, a través de su persona, se tomara «en serio» el «trágico destino» del pueblo húngaro.

El problema para Mindszenty era que el pontífice durante aquellos años, Pablo VI, había decidido apostar por una política de apertura a la Europa del Este («ostpolitik») que conllevaba el sacrificio de los grandes opositores al comunismo. De ahí que en diciembre de 1973 fuera declarada vacante la sede de Esztergom-Budapest y que, por tanto, József Mindszenty dejara de ser a todos los efectos el Cardenal Primado de Hungría. No se nombraría a su sucesor (László Lékai) hasta febrero de 1976, es decir,

casi un año después de fallecer Mindszenty, quien moriría el 6 de mayo de 1975. Fiel a su carácter indomable, que le había hecho protagonista de tantos enfrentamientos con el comunismo, Mindszenty haría pública su total discrepancia con la decisión de Pablo VI, a través de un documento (fechado en febrero de 1974) que el propio Cardenal Primado adjunta en sus memorias. Sin embargo, la decisión era irrevocable y, por ello, Mindszenty reconoce haber tenido que emprender, ahora sí, «el camino del aislamiento, en un destierro total». Es así como concluyen unas memorias que deben ser consideradas como un punto de referencia para el conocimiento de un tema necesitado de nuevas aportaciones y que pone de manifiesto las extraordinarias dificultades por las que hubo de atravesar el catolicismo europeo-oriental durante casi medio siglo, hasta la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

SANZ DE DIEGO, RAFAEL MARÍA, *ICAI, 1908-2008, lo que fuimos, lo que somos* (Universidad Pontificia Comillas de Madrid, Madrid 2009), 240p., ISBN: 978-84-8468-261-5.

Este libro se va a leer con agrado y provecho, porque está escrito con simpatía y sabiduría. La simpatía se nota en el tono cordial y cercano. El autor se mueve por la historia de ICAI como en su propia casa, en la que ha trabajado como profesor y vicerrector. Y con la simpatía se junta, en este caso, la sabiduría del historiador profesional, que conoce el oficio. Se nota en la manera de organizar la materia en capítulos bien trabajados; en las atinadas contextualizaciones históricas y en uso de fuentes y bibliografía, tomadas en buena parte de las revistas editadas en la casa. Se nota también en la habilidad con que ha sabido coordinar los múltiples aspectos de una institución centenaria y compleja.

Son muchas las piezas que el autor ha ido ensamblando para construir este mosaico. Los momentos importantes de la vida cultural y académica se animan con las crónicas de la vida doméstica y cotidiana, o con las noticias de fiestas, deportes y celebraciones que alegraban la vida estudiantil. Los protagonistas de la saga, en lo grande y en lo pequeño, eran jesuitas y seglares, profesores, empleados y alumnos. Los más destacados aparecen descritos en semblanzas perspicaces, escritas algunas con el cariño de la amistad. La larga lista de nombres (recogidos en el índice final) constituye un homenaje al trabajo de todos.

Este ingente material ha quedado encuadrado en nueve capítulos. El primero está dedicado a los cimientos de la fundación. El último ofrece una ruta para el futuro, marcada por las palabras del alumno más ilustre de Areneros, el P. General Adolfo Nicolás. Los siete capítulos intermedios desarrollan la historia de ICAI, en períodos que abarcan una o dos décadas y llegan hasta el momento año en que se celebra este centenario. En los tres últimos capítulos se insertan cinco apéndices muy oportunos, escritos por ocho profesores del centro, sobre el Instituto de Investigación Tecnológica (IIT), las tres cátedras especiales y los alumnos de los cien años.

En esta historia centenaria el autor se detiene en los tres momentos que han significado un golpe de timón en la andadura de la Institución, a saber: la ruptura vio-